

¡El año de la fe!

Quiero anunciar en esta celebración eucarística que he decidido convocar un «Año de la fe» que ilustraré con una carta apostólica especial. Este «Año de la fe» comenzará el 11 de octubre de 2012, en el 50º aniversario de la apertura del concilio Vaticano II, y terminará el 24 de noviembre de 2013, solemnidad de Cristo Rey del Universo. Será un momento de gracia y de compromiso por una conversión a Dios cada vez más plena, para reforzar nuestra fe en él y para anunciarlo con alegría al hombre de nuestro tiempo (*Homilía de Benedicto XVI en la santa Misa para la nueva evangelización*, 16 octubre 2011).

Introducción

Con estas palabras, el Santo Padre ha convocado a toda la Iglesia a movilizarse a favor de la gran empresa de la fe en nuestro tiempo. Estos últimos decenios nos han acostumbrado a celebrar “el Año Internacional de...”, pongamos, por ejemplo, la cultura, la paz, la biodiversidad, el planeta tierra, la fe religiosa. ¿No es paradójico que algo tan perenne y universal como son los valores humanos, tenga que celebrarse con un Año Internacional a su favor? ¿Tantos enteros han bajado estos valores en nuestra sociedad que se necesita del fuerte empujón de un Año Internacional para elevarlos? ¿Qué sentido tiene y qué se pretende con la celebración de un Año internacional, tan frecuente en nuestro tiempo? ¿Qué frutos se esperan de él?

Pueden ser varios los motivos para convocar un Año Internacional. Comencemos con una reflexión sencilla, accesible a cualquier persona. Sea cual sea el motivo, tal hecho busca llamar la atención de la humanidad, “hacer ruido” sobre un valor, a veces también, por desgracia, sobre un contravalor. La humanidad entera enfoca el lente zoom de su mirada sobre el objeto de la celebración, al menos durante ese año. Los medios, con su poder, se hacen eco, mayor o menor, de dicho evento. Se siguen efectos, más o menos duraderos, de cara al futuro. ¡Un Año Internacional vale la pena! La Iglesia se adapta a los tiempos y lugares. La fe no requiere de ruido, de propaganda. Pero el “ruido” y la propaganda de los medios puede ayudar a la fe y a su propagación.

Hagamos otra anotación. Los valores son perennes, pero la conciencia que los hombres tienen de ellos es muy tornadiza. Está sometida a flujos y reflujos. A veces incluso se oscurece, se debilita e incluso se pierde. La humanidad necesita, entonces, un revulsivo que despierte la conciencia para que vuelva a admirar la belleza y la actualidad de ese valor “olvidado”. He aquí la razón por la que en estos casi cincuenta años después de la inauguración del Vaticano II se han celebrado en la Iglesia católica dos Años de la fe.

En 1967, Pablo VI convocó, con la exhortación apostólica *Petrum et Paulum Apostolos* (22 de febrero 1967), el Año de la fe. Fue inaugurado en la fiesta de los santos Apóstoles Pedro y Pablo (29 de junio 1967) y clausurado en la misma fecha del año siguiente con la Profesión de fe de Pablo VI, conocida como “Credo del pueblo de Dios”. El papa estaba preocupado por la crisis del concepto de “verdad” denunciada por Maritain en *Le paysan de la Garonne* (1966). A Maritain le hicieron eco los teólogos franceses De Lubac, Danielou, Congar y el suizo von Balthasar. Pablo VI admiraba a estos teólogos. Atisbó con clarividencia el drama de la fe. Se atreve a decir: “La fe no está del todo muerta, pero no está para nada viva” (*Insegnamenti di Paolo VI*, V, 1967, 743). Con el Año de la fe se propone “revigorizar con la fe de Pedro la nuestra” (*Insegnamenti di Paolo VI*, V, 1967, 737).

Sí, la conciencia y vivencia de la fe necesitan también hoy de la fuerza revulsiva de un Año de la fe para salir del sopor en que se encuentra. Benedicto XVI, en el *Motu proprio Porta fidei*, ha escrito palabras tan claras y certeras:

Mientras que en el pasado era posible reconocer un tejido cultural unitario, ampliamente aceptado en su referencia al contenido de la fe y a los valores inspirados por ella, hoy no parece que sea ya así en vastos sectores de la sociedad, a causa de una profunda crisis de fe que afecta a muchas personas. No podemos dejar que la sal se vuelva sosa y la luz permanezca oculta (cf. *Mt* 5, 13-16).

Los círculos concéntricos del Año de la fe

El primer círculo, el núcleo del que parte la fe y la historia de los creyentes es el misterio del Dios trinitario, “que nos ha enviado a su Hijo Jesucristo para que tengamos vida y la tengamos en abundancia” y nos ha donado la Iglesia, como encarnación en el tiempo de su amor, que vemos con todo su esplendor en el rostro de Cristo, y que se refleja en la Iglesia, su Cuerpo místico, gracias a la acción del Espíritu Santo. El amor trinitario, manifestado en el Cristo histórico y en el Cristo vivo a lo largo de todos los tiempos, es el nú-

cleo central del que parte nuestra fe, la fe de la Iglesia. El Año de la fe nos remite al núcleo original de nuestro existir creyente: al misterio del amor de Dios y de su designio sobre la humanidad.

Un segundo círculo lo percibimos en la historia de la fe desde sus orígenes hasta nuestro tiempo. Se trata de las realizaciones de la fe tanto en el terreno de la verdad como en el de la vivencia personal y comunitaria de la fe. Bellamente lo expone Benedicto XVI, refiriéndose al Catecismo de la Iglesia católica:

En él (Catecismo) se pone de manifiesto la riqueza de la enseñanza que la Iglesia ha recibido, custodiado y ofrecido en sus dos mil años de historia. Desde la Sagrada Escritura a los Padres de la Iglesia, de los Maestros de teología a los Santos de todos los siglos, el Catecismo ofrece una memoria permanente de los diferentes modos en que la Iglesia ha meditado sobre la fe y ha progresado en la doctrina, para dar certeza a los creyentes en su vida de fe (*Porta fidei*, 11).

Pasando ya al tiempo en que nos ha tocado vivir, el tercer círculo es constituido por los documentos del Concilio Vaticano II, *Charta magna* de la Iglesia contemporánea, “*la gran gracia de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX*”, “una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza” (*Porta fidei*, 5). Tal círculo queda de manifiesto, en la mente del Santo Padre, al colocar el inicio del Año de la fe en el 11 de octubre del 2012, fecha en que, cincuenta años antes, el beato Juan XXIII celebró la apertura del concilio Vaticano II. La Iglesia, en todas sus componentes, encuentra en sus documentos “renovación de pensamiento, de actividad, de costumbres, de fuerza moral, de alegría y de esperanza, que ha sido el objetivo del concilio” (Pablo VI, *Discurso de clausura del Vaticano II*, 8 de diciembre 1965). El beato Juan Pablo II vio en él “el punto constante de referencia de toda mi acción pastoral, en un esfuerzo consciente por transmitir sus directrices en aplicaciones concretas y fieles, en el seno de cada Iglesia y de toda la Iglesia” (Juan Pablo II, *Discurso del 30 de mayo 1986*, no. 5).

Benedicto XVI indica un cuarto círculo, treinta años después, en la publicación del Catecismo de la Iglesia católica, “una verdadera necesidad de la Iglesia universal y de las Iglesias particulares”, “contribución importantísima a la obra de la renovación de la vida eclesial, deseada y promovida por el concilio Vaticano II” (Juan Pablo II, Cons. Apost. *Fidei depositum*, 1), “instrumento válido y autorizado al servicio de la comunión eclesial y como norma segura para la enseñanza de la fe” (*Ibidem*, n. 4). Dicho Catecismo es la realización del deseo de los Padres del Sínodo extraordinario de los Obispos, convocado para celebrar el 20º aniversario de la clausura del Vaticano II. Los

Padres sinodales expresaron el deseo de “que fuese redactado un Catecismo o Compendio de toda la doctrina católica tanto sobre la fe como sobre la moral, que sería como un texto de referencia para los catecismos o compendios que se redactan en los diversos países” (*Relación final del Sínodo extraordinario*, 7 diciembre 1985). A poco tiempo de iniciar su servicio a la Iglesia universal, Benedicto XVI tuvo la satisfacción de hacer público, mediante un *motu proprio* (28 de junio 2005), el compendio del Catecismo de la Iglesia católica, “vivamente deseado por los participantes al Congreso catequético internacional de octubre del 2002”. El Papa lo presenta como “una síntesis fiel y segura del Catecismo de la Iglesia Católica”, “una especie de *vademécum*, a través del cual las personas, creyentes o no, pueden abarcar con una sola mirada de conjunto el panorama completo de la fe católica”.

El último círculo del Año de la fe bien puede ser considerada la Asamblea general del Sínodo de los obispos, que tendrá lugar en el mes de octubre del 2012, sobre el tema de “La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana. Será una buena ocasión para introducir a todo el cuerpo eclesial en un tiempo de especial reflexión y redescubrimiento de la fe” (*Porta fidei*, no. 4). Precisamente, durante las reuniones de esa Asamblea, el Santo Padre inaugurará el Año de la fe, que concluirá, un año después, en la solemnidad de Cristo Rey, último domingo del año litúrgico de la Iglesia. Estamos en la fase preparatoria de este círculo, todavía no es realidad. La unión de estos dos temas: “Año de la fe” y “Nueva evangelización”, hace presentir ya desde ahora todo el empuje de anuncio y misión que el Año de la fe está llamado a infundir en el corazón de los cristianos, individualmente y como comunidad de fe en Cristo.

Objetivos del Año de la fe

¿Qué sentido da el Papa a este Año de la fe? ¿Qué objetivos pretende con él? Pienso que la respuesta la hallaremos en los dos documentos con los que fueron convocados los dos Años de la fe después del concilio Vaticano II: el de Pablo VI (1967) y ahora el de Benedicto XVI.

1) “Para confirmar nuestra fe rectamente expresada” (Pablo VI), “redescubrir los contenidos de la fe profesada, celebrada, vivida y rezada” (Benedicto XVI).

2) “Para promover el estudio de las enseñanzas del Concilio Vaticano II” (Pablo VI), “Con el Concilio se nos ha ofrecido una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza” (Benedicto XVI).

3) “Para sostener los esfuerzos de los católicos que buscan profundizar las verdades de la fe” (Pablo VI); “Intensificar la reflexión sobre la fe para ayudar a todos los creyentes en Cristo a que su adhesión al Evangelio sea más consciente y vigorosa, sobre todo en un momento de profundo cambio como el que la humanidad está viviendo ” (Benedicto XVI).

A estos fines comunes a los dos Papas, Benedicto XVI añade, fijándose en las circunstancias actuales, algunos más.

1) “Invitar a una auténtica y renovada conversión al Señor, único Salvador del mundo”.

2) “Comprometerse a favor de una nueva evangelización para redescubrir la alegría de creer y volver a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe”.

3) “Suscitar en todo creyente la aspiración a *confesar* la fe con plenitud y renovada convicción, con confianza y esperanza”.

4) “Comprender de manera más profunda no sólo los contenidos de la fe sino, juntamente también con eso, el acto con el que decidimos de entregarnos totalmente y con plena libertad a Dios”.

Este último objetivo es el que más recalca el papa Ratzinger. Le interesa subrayar la inseparabilidad del acto con el que se cree y de los contenidos a los que prestamos nuestro asentimiento. El acto de fe sin contenidos nos conduce a la total subjetivación de la fe. Los contenidos, sin el asentimiento de la fe, instruyen nuestra mente, pero no nos unen a Dios ni son capaces de transformar nuestra vida, de convertirla al Dios vivo. Sólo si la profesión de fe desemboca en confesión del corazón podemos hablar de una fe madura, bien formada, capaz de producir frutos en los demás.

Libro privilegiado del Año de la fe

El *Año de la fe* deberá expresar un compromiso unánime para redescubrir y estudiar los contenidos fundamentales de la fe, sintetizados sistemática y orgánicamente en el *Catecismo de la Iglesia Católica (Porta fidei*, no. 11).

Si de lo que se trata es de reavivar e infundir una nueva linfa a la fe de los creyentes en Cristo, el catecismo es el camino seguro para conseguirlo. En él se resume y expresa la fe de toda la Iglesia desde sus orígenes hasta nuestros días. En él hallamos la fe que profesamos (Credo), la fe que celebramos (liturgia), la fe que vivimos (moral), la fe que rezamos (oración). En nuestro tiempo, en el que los contenidos objetivos de la fe cristiana son muchas veces devaluados, sometidos a crítica destructiva, preteridos, ha llegado el momento

de apuntar el zoom sobre la fe en toda su riqueza de doctrina, fruto de veinte siglos de reflexión y de vida. ¡Un año entero para ello hará mucho bien a toda la comunidad de la Iglesia!

Benedicto XVI propone el Catecismo, en este Año de la fe, “como un verdadero instrumento de apoyo a la fe, especialmente para quienes se preocupan por la formación de los cristianos, tan importante en nuestro contexto cultural” (*Porta fidei*, no. 12). En las parroquias, en las escuelas privadas o públicas, el Catecismo brinda un apoyo insustituible para la enseñanza de la fe a los niños y jóvenes. Un cierto vaciamiento de la fe objetiva, que hoy se presiente en muchas Iglesias particulares, tal vez sea debido a que se ha dejado de lado una referencia explícita al Catecismo de la Iglesia católica. Quizás en estos últimos decenios se ha incubado y luego desarrollado el peligro de dar preferencia a los métodos, a la pedagogía, a los sentimientos, sobre los contenidos. El Año de la fe puede ayudar a la catequesis, también a la de adultos, a conseguir un equilibrio, una armonía entre pedagogía y teología, entre el contenido de la fe y las formas de comunicarlo a los demás. Con mucho realismo y con sentido de la oportunidad, el papa Ratzinger

ha invitado a la Congregación para la Doctrina de la Fe a que, de acuerdo con los Dicasterios competentes de la Santa Sede, redacte una *Nota* con la que se ofrezca a la Iglesia y a los creyentes algunas indicaciones para vivir este *Año de la fe* de la manera más eficaz y apropiada, ayudándoles a creer y evangelizar (*Porta fidei*, no. 12).

En la sociedad en que vivimos se entrecruzan los cristianos con hermanos en la fe, que ahora son indiferentes y viven al margen de ella; con hombres y mujeres de otras religiones, o que no son creyentes, aunque busquen sinceramente y de corazón la verdad. En este Año de la fe, es importante para todos tomar en las manos el Catecismo de la Iglesia católica, leerlo, reflexionarlo, dejar que la verdad y belleza de la fe que en él se expresa echen raíces en el corazón y florezcan en frutos de luz, de conversión y renovación, de gozo y de paz. A los no creyentes la lectura del Catecismo puede constituir una llamada amorosa de Dios “a ponerse en camino para encontrar a Aquel que no buscaríamos si no hubiera ya venido” (Agustín de Hipona, *Confesiones*, XIII, 1).

El poder de la fe

El papa Benedicto XVI, inspirándose probablemente en la carta a los Hebreos, hace el elogio de la fe en una hermosa y significativa página del *Motu*

proprio Porta fidei, un elogio que pone de manifiesto el poder de la fe. Ni la carta a los Hebreos ni el papa Benedicto elogian a hombres y mujeres por sus hazañas políticas o militares, por su gran autoridad como gobernantes o por su profunda sabiduría, por su fuerza profética o por sus méritos a favor del pueblo, como hace el Sirácida 44-50, sino únicamente por su fe. Pablo elogia la fe de los hombres del Antiguo Testamento, comenzando por Abel hasta los últimos profetas (*Hb* 11). Benedicto elogia las figuras de la Iglesia, sobresalientes por su santidad, desde los inicios hasta el tiempo presente. En sólo una página resume las numerosas historias de santas y santos que ha recorrido con la Iglesia, en las audiencias de los miércoles, a lo largo de varios años.

Primeramente resalta la figura de María, “dichosa porque creyó que se realizaría lo que el Señor le anunció”. A continuación vienen los Apóstoles, que creyeron en Jesús, anunciaron su Evangelio y lo testimoniaron con la propia vida. Luego, los discípulos de los Apóstoles, que constituyeron comunidades de fe, gracias a la predicación apostólica, y cuya fe transmitieron con fidelidad a la siguiente generación de creyentes. Los textos del Nuevo Testamento dan fe de esta fe viva, transformante y misionera.

Desfilan, después, en este elogio del poder de la fe, todos los mártires de la Iglesia “que entregaron su vida como testimonio de la verdad del Evangelio”; los hombres y mujeres de todos los siglos que, en formas tan variadas, han consagrado su vida a Dios, “dejando todo para vivir en la sencillez evangélica la obediencia, la pobreza y la castidad”; todos los hombres que “han promovido acciones a favor de la justicia, para hacer concreta la Palabra del Señor, que ha venido a proclamar la liberación de los oprimidos y un año de gracia para todos (*Lc* 4, 18-19)”; los hombres y mujeres de toda edad, que “han confesado a lo largo de los siglos la belleza de seguir al Señor Jesús allí donde se les llamaba a dar testimonio de su ser cristiano: en la familia, la profesión, la vida pública, y el desempeño de los carismas y ministerios que se les confiaban”.

Los últimos en ese desfile de hombres y mujeres de fe somos los cristianos de hoy: “Nosotros”. Las palabras del Papa son a la vez constatación, exhortación, estímulo, proyección del futuro. “También nosotros vivimos por la fe: para el reconocimiento vivo del Señor Jesús, presente en nuestras vidas y en la historia”, que la fe sea “compañera de vida”, “compromiso a convertirnos en un signo vivo de la presencia de Cristo resucitado en el mundo”. De ahí el deseo ardiente del Papa de que “nadie se vuelva perezoso en la fe”.

Conclusión

Tenemos por delante unos diez meses para prepararnos a comenzar el Año de la fe con corazón magnánimo. Proponemos a nuestros lectores, a sus familiares y comunidades, el leer, reflexionar, meditar y asimilar con la mente y con la vida, en estos meses, el Compendio del Catecismo. Es una forma maravillosa, personal y comunitaria, de abrir el alma a la gracia del Año de la fe.

Tengamos presente a lo largo de este tiempo la exhortación del Santo Padre, en el no. 15 de su *Motu proprio*: “‘Que la Palabra del Señor siga avanzando y sea glorificada’ (2 Ts 3, 1): que este *Año de la fe* haga cada vez más fuerte la relación con Cristo, el Señor, pues sólo en él tenemos la certeza para mirar al futuro y la garantía de un amor auténtico y duradero”

Ecclesia*

* Editorial redactado por Antonio Izquierdo García, L. C., director de *Ecclesia*